

Se sentaba siempre en el mismo rincón oscuro, al fondo del enorme salón que servía como aula, cobijándose entre las sombras para pasar desapercibido. Durante semanas, Diego no había siquiera notado su presencia, hasta el día en que sus miradas se encontraron por casualidad.

—Es raro —le comentó alguien a Diego, y el aludido bajó la cabeza, como si hubiera podido escuchar a través de la distancia.

Luego de ese día, Diego no pudo dejar de ver a aquel muchacho que había logrado mantenerse tan invisible hasta el momento. Siempre tenía en mano un lápiz y una libreta a los que se aferraba como si fuera a naufragar sin ellos. A su alrededor, nadie parecía notar su presencia. Era fácil desaparecer en una clase tan concurrida.

No pasó mucho tiempo hasta que Diego volvió a descubrirlo mirando en su dirección, y esta vez aprovechó a devolverle la mirada acompañándola por un movimiento de reconocimiento que pareció provocar el desconcierto del otro. El intercambio de miradas se repitió de nuevo en los días siguientes, hasta que de alguna manera terminó por convertirse en un ritual silencioso.

Hizo falta un día lluvioso, donde pocos se hicieron presentes y el salón se volvió más grande que nunca, para que Diego se acercara a él. Descubrió entonces que su nombre era Teo. Tenía su propia forma de tomar notas, y su libreta estaba repleta de bosquejos. Amaba dibujar. Entre sus hojas podían encontrarse paisajes y personas, objetos y esquemas abstractos, animales reales e imaginarios.

La primera vez que Diego vio un dibujo de sí mismo realizado por Teo, sintió escalofríos. Diego, según Teo, tenía un rostro interesante. Pero verse a través de los ojos de otra persona es muy distinto a verse en un espejo. Sonreía, en los trazos de aquel lápiz; su cabello estaba despeinado, y un poco demasiado largo.

—¿En serio me veo así? —preguntó Diego.

—No sé —respondió Teo, encogiéndose de hombros—. Así te veo yo.

—Si supiera dibujar, podría mostrarte cómo te veo yo.

El comentario despertó la intriga de Teo.

—¿Cómo me ves?

Diego no supo responder. La pregunta lo persiguió hasta la noche. No tenía idea de lo que había querido decir, porque las palabras se le habían escapado sin su permiso. Pensó en Teo: el cabello más claro que el suyo, y más lacio, y más corto; los rasgos más delicados, casi inocentes. Cayó en la cuenta de que no sabía qué tan alto era, porque nunca lo había visto de pie. Aún así, y a pesar de ser delgado, no se veía frágil. Había un algo inquisitivo y desafiante en su mirar, que contrarrestaba con su preferencia por mantenerse al margen.

Acudió a la siguiente clase más temprano que nunca, decidido a llegar antes que Teo, quien se sorprendió al encontrar a Diego sentado en el rincón que él solía ocupar. Así fueron disipadas sus dudas sobre la altura de Teo: era tan alto como él, o quizás un poco más. Era difícil saber, porque caminaba con dificultad.

Apenas lo notó, Diego se puso de pie para despejar el camino, y ofreció una ayuda que Teo terminó por aceptar de mala gana. Diego se sorprendió al sentir las manos temblorosas hundiéndose en sus hombros, pero esperó pacientemente a que Teo recuperara la estabilidad e hizo de cuenta que nada fuera de lo común había ocurrido. Aún se estaba recuperando de un accidente, nada grave, explicó Teo al pasar, restándole importancia al asunto.

Para Diego no fue tan simple dejarlo atrás. Aquella madrugada, el recuerdo de las manos de Teo apoyándose en él despertó una sensación molesta, como si su cuerpo reaccionara con retraso al contacto con una serie de cosquillas tibias, ligeramente desesperantes. Aún le debía a Teo la contestación a su pregunta: “¿Cómo me ves?”. Se descubrió a sí mismo intentando responder, y distrayéndose en el proceso de reconstruir a Teo en su cabeza.

Teo no volvió a preguntarle, pero las palabras flotaban alrededor de ellos en cada encuentro, sin necesidad de que ninguno volviera a mencionarlas. Diego comenzó a prestarle más atención a detalles de Teo que nunca antes había notado, como la manera en que fruncía el ceño cuando no estaba de acuerdo con él, o cómo a veces parecía estar a punto de decir algo importante, pero al final apretaba los labios y se quedaba callado, mirándolo con sus enormes ojos marrones.

—Quiero mostrarte algo —susurró Teo un día.

Luego de asegurarse de que no hubiera nadie en los alrededores, Teo abrió con cuidado una carpeta, y puso en manos de Diego una serie de láminas con bocetos humanos. Ante él se desplegaron escenas de cuerpos desnudos, que se entrelazaban en distintas posiciones.

—No son muy buenos —se disculpó Teo, antes de darle espacio a hablar.

—Se ven bien —aseguró Diego.

—No. Míralos mejor.

—No sé qué quieres te diga.

—Todo, algo. ¿Qué impresión te da?

Su insistencia hizo que Diego le diera el gusto de echarle un mejor vistazo, esta vez con un ojo más crítico. Las imágenes estaban llenas de vida y movimiento, pero era un movimiento estructurado, sin lugar a imperfecciones.

—Son demasiado hermosos —comentó Diego.

—¿Demasiado hermosos?

—Demasiado limpios.

Teo guardó silencio, y repitió para sí las palabras, pensativo. Diego, por su parte, apenas pudo dormir aquella noche. Las horas se arrastraban, lentas y perezosas. Cuando el sueño se lo llevó consigo, soñó con los dibujos de Teo. Al volver a revisar la carpeta, se encontraba a sí mismo entre las láminas, desnudo. Frente a él, Teo dibujaba, concentrado. Le pedía que permaneciera quieto.

—Apareciste en mis sueños anoche —confesó Diego al día siguiente.

Teo arqueó las cejas, y la curiosidad que iluminó su rostro creó la ilusión de que sus ojos se volvían más aún grandes. El efecto era casi cómico.

—Yo también he soñado contigo —dijo.

—¿En serio? —Diego acompañó la pregunta con una especie de sonrisa que quedó a medio camino—. ¿Qué tipo de sueños?

En lugar de responder de inmediato, Teo bajó la vista y apretó los labios antes de preguntar si realmente quería saber. Diego tendría que esperar a que el salón se vaciara para conocer la respuesta, que surgió de la boca de Teo y se posó sobre la suya, sin palabras, tomando la forma de un beso breve y sigiloso. Cuando Teo

comenzó a apartarse, murmurando lo que sonaba como una disculpa, Diego lo detuvo.

—Cuéntame más —dijo en voz baja, invitándolo a seguir.